

San Agustín, Navidad y Epifanía

Navidad - sermones 190 y 191

Epifanía - sermones 199 y 200

<https://www.augustinus.it/spagnolo/discorsi/index2.htm>

Navidad, SERMÓN 190, El doble nacimiento del Señor

1. Nuestro Señor Jesucristo, que existía junto al Padre antes de nacer de madre, **no sólo eligió la virgen de la que iba a nacer, sino también el día en que iba a hacerlo**. A menudo los hombres, sujetos a error, eligen las fechas, uno para plantar una viña, otro para edificar, otro para irse de viaje y otro, a veces, hasta para casarse. Quien así actúa lo hace para que llegue felizmente a término lo que en esa fecha va a tener lugar. Pero nadie puede elegir el día de su nacimiento. Él, en cambio, pudo elegir ambas cosas, porque hasta pudo crearlas ambas. Y la elección del día no la hizo como los que de forma vana hacen depender la suerte de los hombres de la ubicación de los astros. No le hizo a él feliz el día en que nació; al contrario, **fue él quien hizo agraciado el día en que se dignó nacer**.

Pues el día de su nacimiento encierra también el misterio de su luz. Así dice el Apóstol:

La noche ha pasado y ha llegado el día; arrojemos las obras de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz y caminemos honestamente como en pleno día. Reconozcamos al Día y seamos día. Éramos noche cuando vivíamos en la infidelidad. Y como la infidelidad misma que, haciendo las veces de la noche, había cubierto de tinieblas al mundo entero, al aumentar la fe tenía que disminuir, comienzan a menguar las noches y a crecer los días en el día preciso del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo. Tengamos, pues, hermanos, por solemne este día, no pensando en este sol, como los infieles, sino en quien lo hizo. El que era la Palabra se hizo carne para poder estar bajo el sol en atención a nosotros. Así es: con su carne, bajo el sol; con su majestad, por encima del mundo entero, dentro del cual creó al sol. Ahora, sin embargo, también con su carne está por encima de este sol, al que tienen por dios quienes, ciegos en su mente, no ven al verdadero sol de justicia.

2. **Celebremos, por tanto, ¡oh cristianos!, no el día de su nacimiento divino, sino del humano, es decir, el día en que se amoldó a nosotros, para que, por mediación del invisible hecho visible, pasemos de las cosas visibles a las invisibles. Conforme a la fe católica, debemos reafirmar los dos nacimientos del Señor: uno divino y otro humano; aquél fuera del tiempo, éste en el tiempo; ambos asombrosos: el primero, sin madre; el segundo, sin padre.** Si no llegamos a comprender éste, ¿cuándo nos será posible referir aquél? ¿Quién podrá comprender esta novedad nueva, insólita, única en el mundo, increíble, pero hecha creíble, y de forma increíble creída en todo el mundo, a saber, que una virgen concibiera y una virgen pariera y permaneciera siendo virgen? Lo que la razón humana no comprende, lo capta la fe que cobra vigor allí donde la razón humana desfallece. ¿Quién dirá que la Palabra de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, no pudo prepararse una carne incluso sin madre, de la misma manera que hizo el primer hombre sin padre y sin madre? Mas como él mismo creó a uno y otro sexo, el masculino y el femenino, quiso honrar hasta en su nacimiento ambos sexos, por cuya liberación había venido. Conocéis, sin duda, la caída del primer hombre: como no se atrevió a hablar al varón, la serpiente se sirvió, para hacerlo caer, de la mujer. Por medio del sexo más débil llegó al más fuerte, y, accediendo por uno, alcanzó el triunfo sobre los dos. Por ello, para

que, como por impulso de un justo dolor, no hiciéramos recaer sobre la mujer nuestro horror a la muerte y no la creyéramos condenada sin posibilidad de reparación, el Señor, viniendo a buscar lo que había perecido, quiso recomendar, honrándolos, a ambos sexos, porque ambos habían perecido. Así, pues, en ninguno de ellos hemos de hacer injuria al creador: el nacimiento del Señor honró a uno y otro para que esperasen la salvación. El honor del sexo masculino está en la carne de Cristo; el del sexo femenino, en la madre de Cristo. La gracia de Jesucristo venció la astucia de la serpiente.

3. Renazcan, por tanto, uno y otro sexo en el que ha nacido hoy y celebren este día. No el día en que Cristo el Señor comenzó a existir, sino aquel en que el que existía desde siempre junto al Padre mostró a esta luz la carne que recibió de su madre, madre a la que otorgó la fecundidad sin privarla de la integridad. Es concebido, nace, es un «infante». ¿Quién es este «infante»? Se llama «infante» al niño que aún no puede expresarse, es decir, hablar. Por consiguiente, es un niño que aún no habla, y es la Palabra. Calla por medio de la carne, pero enseña sirviéndose de los ángeles. Se anuncia a los pastores el príncipe y el pastor de los pastores y yace en el pesebre como vianda de los fieles, su montura. Lo había predicho el profeta: *Reconoció el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su señor*. Por eso se sentó sobre un pollino cuando entró en Jerusalén en medio de las alabanzas de la muchedumbre que lo precedía y seguía. Reconozcámoslo también nosotros, acerquémonos al pesebre, comamos la vianda, llevemos a nuestro señor y guía, para que bajo su dirección lleguemos a la Jerusalén celeste. El nacimiento de Cristo de madre es la majestad hecha débil, el nacimiento de Padre es la majestad desplegada. Tiene un día temporal en los días temporales, pero él es el Día eterno que procede del Día eterno.

4. Con razón nos enardecemos con la voz del salmo, como si fuera una trompeta celeste. En él oímos: *Cantad al Señor un cántico nuevo; cantad al Señor, tierra entera; cantad al Señor y bendecid su nombre.* Reconozcamos, pues, y anunciemos al Día del Día que nació en la carne en este día. Día Hijo nacido del Día Padre, Dios de Dios, Luz de Luz. Él es la salvación de la que se dice en otro lugar: *Dios tenga misericordia de nosotros y nos bendiga, ilumine su rostro sobre nosotros, para que conozcamos en la tierra tu camino y en todos los pueblos tu salvación*. Primero dijo: *en la tierra*; luego repitió lo mismo con estas palabras: *en todos los pueblos*. Primero dijo: *tu camino*, y luego lo reiteró: *tu salvación*. Recordamos que el mismo Señor dijo: *Yo soy el camino*. Y, cuando ahora leímos el evangelio, escuchamos que el bienaventurado anciano Simeón había recibido un oráculo divino según el cual no probaría la muerte hasta no ver al Ungido del Señor. El anciano, tras haber tomado en sus manos a Cristo aún sin habla y haber reconocido la grandeza del pequeño, dijo: *Ahora, Señor, dejas a tu siervo en paz, según tu palabra, pues mis ojos han visto tu salvación*. **Anunciemos, pues, debidamente al Día del Día, su salvación. Anunciemos en los pueblos su gloria, en todas las naciones sus maravillas. Yace en un pesebre, pero contiene al mundo; toma el pecho, pero alimenta a los ángeles; está envuelto en pañales, pero nos reviste de inmortalidad; es amamantado, pero adorado; no halla lugar en el establo, pero se construye un templo en los corazones de los creyentes. Para que la debilidad se hiciera fuerte, se hizo débil la fortaleza. Sea objeto de admiración, antes que de desprecio, su nacimiento en la carne y reconozcamos en ella la humildad, por causa nuestra, de tan gran excelsitud. Encendamos en ella nuestra caridad para llegar a su eternidad.**

Navidad, SERMÓN 191, El nacimiento del Señor

1. Al hacerse carne, la Palabra del Padre que hizo los tiempos hizo para nosotros en el tiempo el día de su nacimiento. Por su nacimiento humano quiso reservarse un día aquel sin cuya voluntad divina no transcurre ni un solo día. Existiendo junto al Padre, precede a todos los siglos; al nacer de madre, se introdujo en este día en el curso de los años. Se hizo hombre quien hizo al hombre. De esa manera toma el pecho quien gobierna los astros; siente hambre el pan, sed la fuente; duerme la luz; el camino se fatiga en la marcha; falsos testigos acusan a la verdad, un juez mortal juzga al juez de vivos y muertos, gente injusta condena a la justicia; la disciplina es castigada con azotes, el racimo coronado de espinas, la base colgada de un madero; la fortaleza aparece debilitada, la salud herida, la vida muerta. Ni él que por nosotros sufrió tantos males hizo mal alguno, ni nosotros que por él recibimos tantos bienes merecíamos bien alguno. Con todo, para librarnos a nosotros, a pesar de ser indignos, aceptó sufrir tales ignominias y otras parecidas. Con esa finalidad, el que existía como hijo de Dios desde antes de los siglos sin un primer día, se dignó hacerse hijo del hombre en los últimos días. Y nacido del Padre sin ser hecho por él, fue hecho en la madre que él había hecho. Comenzó a existir aquí al nacer de aquella que nunca y en ningún lugar hubiera podido existir a no ser por él.

2. Así se cumplió la profecía del salmo: *La Verdad ha nacido de la tierra*. María fue virgen antes de concebir y después del parto. ¡Lejos de nosotros creer que pereció la integridad de aquella tierra, es decir, de la carne de la que nació la Verdad! En efecto, después de resucitar, dijo a quienes creían que era un espíritu y no un cuerpo: *Palpad y ved; un espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo tengo*. Y, no obstante la consistencia de su cuerpo joven, se hizo presente, estando cerradas las puertas, a sus discípulos. **Si, siendo grande, pudo entrar a través de las puertas cerradas, ¿por qué no pudo asimismo salir, siendo pequeño, a través de miembros íntegros?** Los incrédulos no quieren aceptar ni una cosa ni otra. He aquí una nueva razón para creer ambas: que los incrédulos las rechazan. Esto es precisamente lo que caracteriza a los incrédulos: juzgar que Cristo no tiene nada que ver con la divinidad. Pero, al admitir que Dios nació en la carne, a la fe no le cabe duda de que para Dios son posibles ambas cosas, a saber, que un cuerpo joven se presentase a quienes estaban dentro de la casa sin que se le abriesen las puertas, y que el esposo niño saliese de su lecho nupcial, es decir, del seno de la virgen, sin dañar la virginidad de la madre.

3. En él, en efecto, se dignó unirse a la naturaleza humana el hijo unigénito de Dios, para asociar a sí, como cabeza inmaculada, a la Iglesia inmaculada. Iglesia a la que el apóstol Pablo llama virgen no sólo en atención a quienes en ella son vírgenes también en el cuerpo, sino porque deseaba que fuesen incorruptas todas las almas. Dice él: *Os he desposado con un único varón, para presentaros a Cristo como virgen casta*. La Iglesia, pues, imita a la madre de su Señor: dado que corporalmente no pudo ser madre y virgen a la vez, lo es en el espíritu. Cristo, que hizo virgen a su Iglesia rescatándola de la fornicación con los demonios, en ningún modo privó, al nacer, a su madre de la virginidad. **Celebrad hoy con gozo y solemnidad el parto de la virgen vosotras, vírgenes santas, nacidas de su virginidad inviolada; vosotras que, renunciando al matrimonio terreno, elegisteis también la virginidad física. Ha nacido de mujer quien no fue sembrado por varón en la mujer. Quien os trajo algo que amar no quitó a su madre eso que amáis. Quien sana**

en vosotras lo que heredasteis de Eva, ¡cómo iba a dañar lo que habéis amado en María!

4. Aquella cuyas huellas seguís no yació con varón para concebir, y después del parto siguió siendo virgen. **Imitadla en lo que podéis; no en la fecundidad, porque no os es posible sin lesionar la virginidad. Sólo ella pudo tener las dos cosas; de ellas vosotras quisisteis tener una sola, que perderíais si pretendierais poseer la una y la otra. Sólo pudo poseerlas ambas la que engendró al Todopoderoso que le dio tal poder. Convenía que únicamente el Hijo único de Dios se hiciese hombre de ese modo sin igual. Si Cristo significa algo para vosotras es por ser hijo únicamente de una virgen. Aunque no pudisteis darle a luz en la carne, lo hallasteis como esposo en el corazón. Y esposo tal que vuestra fidelidad lo tiene por redentor, sin que vuestra virginidad lo tema como su destructor. Si no privó a la madre de la virginidad ni en el parto corporal, con más razón la conservará en vosotras en el abrazo espiritual. No os consideréis estériles por haber permanecido vírgenes; hasta la integridad de la carne, cuando es fruto de la piedad, cae dentro de la fecundidad espiritual. Haced lo que dice el Apóstol: puesto que no pensáis en las cosas del mundo ni en cómo agradar a vuestros maridos, pensad en las cosas de Dios y en cómo agradarle a él en todo. Así vuestra fecundidad no estará en los hijos de vuestro seno, sino en las virtudes de vuestra alma.**

Para concluir, **me dirijo a todos, os hablo a todos. Con mi palabra apremio a toda la virgen casta que el Apóstol desposó con Cristo. Lo que admiráis en la carne de María, realizadlo en el interior de vuestra alma. Concibe a Cristo quien cree en su corazón con vistas a la justicia; le da a luz quien con su boca lo confiesa con la mirada puesta en la salvación. Así, pues, sea ubérrima la fecundidad de vuestras almas, conservando la virginidad.**

Epifanía, SERMÓN 198A, 198B, 199, La manifestación del Señor

1. Hace pocos días celebramos el día en que el Señor nació de los judíos; hoy celebramos aquel en que fue adorado por los gentiles: La salvación, en efecto, viene de los judíos; pero esta salvación llega hasta los confines de la tierra. **Aquel día lo adoraron los pastores, hoy los magos. A aquéllos se lo anunciaron los ángeles, a éstos una estrella. Unos y otros lo aprendieron del cielo cuando vieron en la tierra al rey del cielo para que fuese realidad la gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. Él es, en efecto, nuestra paz, quien hizo de los dos uno.** Ya nada más nacer y ser anunciado se manifiesta como la piedra angular; ya al poco tiempo de nacer se reveló como tal. Ya entonces comenzó a unir en su persona a dos paredes de distinta proveniencia, guiando a los pastores de Judea y a los magos de Oriente, para hacer en sí mismo, de los dos, un solo hombre nuevo, estableciendo la paz; paz a los de lejos y paz a los de cerca. De aquí que aquéllos, acercándose desde la vecindad aquel mismo día, y éstos, llegando desde la lejanía en el día de hoy, señalaron para la posteridad estos dos días festivos; pero unos y otros vieron la única luz del mundo.

2. Pero hoy tengo que hablar de aquellos a quienes la fe condujo a Cristo desde un país lejano. Llegaron y preguntaron por él, diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos que ha

nacido? Hemos visto su estrella en el oriente y venimos a adorarlo. Anuncian y preguntan, creen y buscan, como simbolizando a quienes caminan en la fe y desean la realidad. ¿No habían nacido ya anteriormente en Judea otros reyes de los judíos? ¿Qué significa el que éste sea reconocido por unos extranjeros en el cielo y sea buscado en la tierra, que brille en las alturas y esté oculto en la humildad? Los magos ven la estrella en oriente y comprenden que ha nacido un rey en Judea. ¿Quién es este rey tan pequeño y tan grande, que aún no habla en la tierra y ya publica sus decretos en el cielo? Con todo, en atención a nosotros, que deseaba que le conociésemos por sus Escrituras santas, quiso que también los magos, a quienes había dado tan inequívoca señal en el cielo y a cuyos corazones había revelado su nacimiento en Judea, creyesen lo que sus profetas habían hablado de él. Buscando la ciudad en que había nacido el que deseaban ver y adorar, tuvieron que preguntar a los príncipes de los sacerdotes; de esta manera, con el testimonio de la Escritura, que llevaban en la boca, pero no en el corazón, los judíos, aunque incrédulos, dieron respuesta a los creyentes a propósito de la gracia de la fe. Aunque mentirosos por sí mismos, dijeron la verdad en contra suya. ¿Es mucho pedir que acompañasen a quienes buscaban a Cristo cuando les oyeron decir que, tras haber visto la estrella, venían ansiosos a adorarlo? ¿Es mucho pedir que ellos, que les habían dado las indicaciones de acuerdo con los libros sagrados, los condujesen a Belén de Judá, y juntos vieses, comprendiesen y adorasen? La verdad es que, habiendo mostrado a otros la fuente de la vida, murieron ellos agostados. Se asemejaron a las piedras miliarias: indicaron la ruta a los viajeros, pero ellos se quedaron inmóviles e inertes. **Los magos buscaban para encontrar, Herodes para matar; los judíos leían en qué ciudad había de nacer, pero no advertían el tiempo de su llegada. Entre el piadoso amor de los magos y el cruel temor de Herodes, ellos se hicieron vanos, después de haber mostrado la ciudad de Belén. En cambio, negarían a Cristo, que en ella había nacido, al que no buscaron entonces, pero vieron después, y le darían muerte, no cuando aún no hablaba, sino después, ya en el uso de la palabra.** Más dichosa fue, pues, la ignorancia de aquellos niños a quienes Herodes, aterrado, persiguió que la ciencia de aquellos que él mismo, asustado, consultó. Los niños pudieron sufrir por Cristo a quien aún no podían confesar; los judíos pudieron conocer la ciudad en que nacía, pero no siguieron la verdad del que enseñaba.

3. La misma estrella llevó a los magos al lugar preciso en que se hallaba, niño sin habla, el Dios Palabra. Avergüéncese ya la necedad sacrílega y -valga la expresión- cierta indocta doctrina que juzga que Cristo nació bajo el influjo de los astros, porque está escrito en el evangelio que, cuando él nació, los magos vieron en oriente su estrella. Cosa que no sería cierta ni siquiera en el caso de que los hombres naciesen bajo tal influjo, puesto que ellos no nacen, como el Hijo de Dios, por propia voluntad, sino según la condición propia de la naturaleza mortal. Ahora, no obstante, dista tanto de la verdad el decir que Cristo nació bajo el hado de los astros, que quien posee la recta fe en Cristo ni siquiera cree que hombre alguno naciera de esa manera. Expresen los hombres vanos sus insensatas opiniones acerca del nacimiento de los hombres, nieguen la voluntad para pecar libremente, inventen la fatalidad para excusar sus pecados; intenten fijar también en el cielo las perversas costumbres que los hacen detestables a todos los hombres de la tierra y mientan haciéndolas derivar de los astros; pero mire cada uno de ellos cómo piensa que ha de gobernar no ya su vida sino a su familia con alguna autoridad, sea la que sea. Pues, si así piensan, no les está permitido azotar a sus siervos cuando faltan al propio deber en su casa sin antes obligarse a blasfemar contra sus dioses radiantes de luz en el cielo. **Mas por lo que respecta a Cristo, ni siquiera ajustándose a sus conjeturas, vanas en extremo, y a**

sus libros, a los que llamaré no fatídicos, sino falsos, pueden pensar que nació bajo la ley de los astros por el hecho de que, después de nacer, los magos vieron una estrella en oriente. En este hecho Cristo se manifiesta más bien como señor que como sometido a dicha ley, pues la estrella no mantuvo en el cielo su ruta sideral, sino que mostró el camino hasta el lugar en que había nacido Cristo a los hombres que lo buscaban. Por tanto, no fue ella la que de forma maravillosa hizo que Cristo viviera, sino que fue Cristo quien la hizo a ella aparecer de forma extraordinaria. Tampoco fue ella la que decretó las acciones maravillosas de Cristo, sino que Cristo la mostró como otra entre sus obras maravillosas. Al nacer de una madre, mostró a la tierra un nuevo astro del cielo, él que, nacido del Padre, hizo el cielo y la tierra. Cuando él nació, apareció con la estrella una luz nueva; cuando él murió, se ocultó con el sol la luz antigua. Cuando él nació los moradores del cielo brillaron con nueva dignidad; cuando él murió, los habitantes del infierno se estremecieron con nuevo temor. Cuando él resucitó, los discípulos ardieron con nuevo amor, cuando él ascendió, los cielos se abrieron con nueva sumisión. Celebremos, pues, con devota solemnidad también este día, en el que los magos, procedentes de la gentilidad, adoraron a Cristo una vez conocido, como ya celebramos aquel día en que los pastores de Judea vieron a Cristo una vez nacido. Pues nuestro mismo Señor y Dios eligió a los apóstoles de entre los judíos como pastores para congregar, por medio de ellos, a los pecadores de entre los gentiles que iban a ser salvados.

Epifanía, SERMÓN 200, La manifestación del Señor

1. Los magos llegaron de oriente para adorar al alumbrado por la Virgen. Ésta es la fecha que celebramos hoy; a ella damos la merecida solemnidad y dedicamos el sermón. **Este día brilló por primera vez para los magos; para nosotros retorna anualmente en esta festividad. Ellos eran las primicias de los gentiles, nosotros somos el pueblo constituido de gentiles. A nosotros nos lo anunció la lengua de los apóstoles; a ellos, una estrella, cual lengua de los cielos; y los mismos apóstoles, como si fueran cielos, nos proclamaron la gloria de Dios. ¿Por qué no vamos a reconocer que son cielos quienes se han convertido en tronos de Dios? Así está escrito: El alma del justo es trono de la sabiduría. Por medio de estos cielos tronó el artífice y morador de los cielos; ante tal trueno el mundo se estremeció, y he aquí que ya cree. ¡Gran misterio! Yacía entonces en el pesebre y ya guiaba a los magos desde oriente. Escondido en un establo, era reconocido en el cielo, para que, reconocido en el cielo, se manifestase en el establo y este día recibiese el nombre de Epifanía, que puede traducirse por «manifestación». Al mismo tiempo encarecía su excelsitud y su humildad, para que quienes lo buscaban hallasen en un estrecho establo al que los cielos abiertos mostraban con las señales de los astros; para que, aunque impedido a causa de sus miembros infantiles y envuelto en pañales de niño, lo adorasen los magos y lo temiesen los malos.**

2. En efecto, el rey Herodes sintió miedo de él al anunciárselo los magos, cuando aún buscaban al Pequeño que ya sabían que había nacido por el testimonio del cielo. ¿Cómo será su tribunal cuando haga de juez, si ya su cuna de niño aterrorizaba a los reyes soberbios? ¡Cuánto más sabios son los reyes ahora que no buscan matarlo, como Herodes, sino que, como los magos, se deleitan en adorar precisamente a quien sufrió por sus

enemigos, de mano de sus mismos enemigos, la misma muerte que su enemigo quería causarle, y con su muerte dio muerte a la muerte en su cuerpo! Sientan ahora los reyes un piadoso temor a quien ya está sentado a la derecha del Padre; a quien ya temió, cuando aún tomaba el pecho de su madre, aquel rey impío. Escuchen lo que está escrito: Y ahora, reyes, comprended; instruíos los que juzgáis la tierra: servid al Señor con temor y exultad ante él con temblor. Aquel rey que venga a los reyes impíos y guía a los piadosos, no nació como nacen los reyes en este mundo, pues también nació aquel rey cuyo reino no es de este mundo. La nobleza del nacido se manifestó en la virginidad de la madre, y la nobleza de la madre, en la divinidad del nacido. Finalmente, no obstante haber sido muchos los reyes de los judíos nacidos y muertos ya, nunca y a ninguno de ellos buscaron unos magos para adorarlo, puesto que tampoco conocieron a ninguno por la voz del cielo.

3. Pero, y el dato no ha de pasarse por alto, **esta iluminación de los magos se constituyó en el gran testimonio de la ceguera de los judíos. Aquéllos buscaban en la tierra de éstos al que éstos no reconocían en la propia. Entre ellos encontraron, sin habla, al que los judíos negaron cuando enseñaba. Estos peregrinos que venían de lejos adoraron a Cristo, niño que aún no hablaba, allí donde los conciudadanos le crucificaron cuando, ya adulto, obraba milagros. Los magos le reconocieron como Dios en la pequeñez de sus miembros; los judíos ni siquiera le perdonaron como hombre cuando hacía obras grandiosas.** ¡Como si fuera mayor cosa ver una nueva estrella reluciente en el día de su nacimiento que ver al sol llorar en el día de su muerte! Pero aquella misma estrella que condujo a los magos hasta el lugar en que se hallaba el Dios niño con su madre virgen y que ciertamente podía haberlos guiado hasta la ciudad misma, se ocultó y no volvió a aparecérselos hasta que hubieron preguntado a los judíos en qué ciudad tenía que nacer Cristo, para que la nombrasen conforme al testimonio de la Sagrada Escritura y dijeran: En Belén de Judá. Así está escrito: Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres la menor entre las ciudades de Judá, pues de ti saldrá el jefe que regirá a mi pueblo Israel. ¿Qué otra cosa quiso significar con esto la divina Providencia sino que quedarían en posesión de los judíos las únicas Escrituras divinas con las que los gentiles iban a ser instruidos y ellos cegados; que ellos las llevarían no como apoyo para su salvación, sino como testimonio de la nuestra? Pues hoy mismo, cuando presentamos las profecías sobre Cristo, aclaradas ya a la luz de los hechos acaecidos, si por casualidad nos dijese los paganos a quienes queremos ganar que esas cosas no fueron predichas con anterioridad, sino después de ocurrido lo anunciado, de forma que lo que se piensa ser una profecía fue una invención de los cristianos, echamos mano a los códigos de los judíos para eliminar la duda de los paganos. Paganos que ya estaban figurados en aquellos magos a quienes los judíos instruyeron con las divinas Escrituras acerca de la ciudad en que nació Cristo, a quien ellos ni buscaban ni reconocían.

4. **Ahora, pues, amadísimos, hijos y herederos de la gracia, considerad vuestra vocación y, una vez manifestado Cristo a los judíos y a los gentiles, adheríos a él como a piedra angular con un amor que no conoce pausa. En efecto, en los comienzos de su infancia se manifestó tanto a los que estaban cerca como a los que estaban lejos. A los judíos, en los pastores llegados de cerca, y a los gentiles, en los magos llegados de lejos. Aquéllos llegaron el mismo día que nació; éstos, según se cree, el día de hoy. Se les manifestó, pues, sin que los primeros fueran sabios ni los segundos justos, pues en la rusticidad de los pastores predomina la ignorancia, y en los ritos sacrílegos de los magos, la impiedad. A unos y a otros los unió en sí aquella**

piedra angular que vino a elegir lo necio del mundo para confundir a los sabios, y a llamar no a los justos, sino a los pecadores, para que nadie, por grande que sea, se ensoberbezca y nadie, aunque sea el menor, pierda la esperanza. Así se explica que los escribas y fariseos, aunque se creían muy sabios y justos, al mismo tiempo que, leyendo los divinos oráculos, mostraron la ciudad en que debía de nacer, en cuanto constructores lo rechazaron. Mas como se convirtió en cabeza de ángulo, lo que mostró en su nacimiento lo cumplió en su pasión. Adhirámonos a él en compañía de la otra pared en que están los restos de Israel que, por elección gratuita, se han salvado. Ellos, que habían de unirse desde cerca, están simbolizados en los pastores, para que también nosotros, cuya vocación significaba la llegada de lejos de los magos, permanezcamos en él no ya como peregrinos e inquilinos, sino como conciudadanos de los santos y familiares de Dios, edificados con ellos sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo Cristo la piedra angular; él que hizo de los dos pueblos uno solo, para que en el uno amemos la unidad y poseamos una caridad infatigable para recuperar a las ramas que, proviniendo del acebuche, fueron injertadas también; pero, desgajadas por la soberbia, se convirtieron en herejes. Poderoso es Dios para injertarlos de nuevo.